UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA

EL DUQUE DE RIVAS

Freeditorial

Romance Primero

El candil

Más ha de quinientos años,
en una torcida calle,
que, de Sevilla en el centro,
da paso a otras principales;
cerca de la medianoche, 5
cuando la ciudad más grande
es de un grande cementerio
en silencio y paz imagen;
de dos desnudas espadas
que trababan un combate, 10
turbó el repentino encuentro
las tinieblas impalpables.
El crujir de los aceros
sonó por breves instantes,
lanzando azules centellas, 15
meteoro de desastres.
Y al gemido, «¡Dios me valga!
¡Muerto soy!», y al golpe grave
de un cuerpo que a tierra vino,
el silencio y paz renacen. 20

* * *

Al punto una ventanilla
de un pobre casuco abren;
y, de tendones y, huesos,
sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman, 25
que sostienen por el aire
un candil, cuyos destellos
dan luz súbita a la calle.
En pos, un rostro aparece
de gomia o bruja espantable 30
a que otra marchita mano
o cubre o da sombra en parte.
Ser dijérase la muerte
que salía a apoderarse
de aquella víctima humana 35

que acababan de inmolarle,
o de la eterna Justicia,
de cuyas miradas nadie
consigue ocultar un crimen,
el testigo formidable. 40
Pues a la llama mezquina,
con el ambiente ondeante,
que, dando luz roja al muro,
dibujaba desiguales
los tejados y azoteas 45
sobre el oscuro celaje,
dando fantásticas formas
a esquinas y bocacalles,
se vio en medio del arroyo,
cubierto de lodo y sangre, 50
el negro bulto tendido
de un traspasado cadáver.
Y de pie, a su frente, un hombre,
vestido negro ropaje,
con una espada en la mano, 55
roja hasta los gavilanes.
El cual, en el mismo punto,
sorprendido de encontrarse
bañado de luz, esconde
la faz en su embozo, y parte; 60
aunque no como el culpado
que se fuga por salvarse,
sino como el que inocente,
mueve tranquilo el pie y grave.

* * *

Al andar, sus choquezuelas 65
forman ruïdo notable,
como el que forman los dados
al confundirse y mezclarse.
Rumor de poca importancia
en la escena lamentable, 70
mas de tan mágico efecto,
y de un influjo tan grande
en la vieja que asomaba
el rostro y luz a la calle,
que, cual si oyera el silbido 75

de venenosa ceraste,
o crujir las negras alas
del precipitado arcángel,
grita en espantoso aullido,
«¡Virgen de los Reyes, valme!» 80
Suelta el candil, que en las piedras
se apaga y aceite esparce,
y cerrando la ventana
de un golpe, que la deshace,
bajo su mísero lecho 85
corre a tientas a ocultarse,
tan acongojada y yerta,
que apenas sus pulsos laten.
Por sorda y ciega haber sido
aquellos breves instantes, 90
la mitad diera gustosa
de sus días miserables,
y hubiera dado los días
de amor y dulces afanes
de su juventud, y dado 95
las caricias de sus padres,
los encantos de la cuna,
y..., en fin, hasta lo que nadie
enajena, la esperanza,
bien solo de los mortales; 100
pues lo que ha visto la abruma,
y la aterra lo que sabe,
que hay vistas que son peligros,
y aciertos que muerte valen.

Romance Segundo

El juez

Las cuatro esferas doradas, 105
que ensartadas en un perno,
obra colosal de moros
con resaltos y letreros,
de la torre de Sevilla,
eran remate soberbio, 110
do el gallardo giraldillo
hoy marca el mudable viento
(esferas que pocos años
después derrumbó en el suelo
un terremoto), brillaban 115
del sol matutino al fuego,
cuando en una sala estrecha
del antiguo alcázar regio,
que entonces reedificaban
tal cual hoy mismo le vemos, 120
en un sillón de respaldo
sentado está el rey don Pedro,
joven de gallardo talle,
mas de semblante severo.
A reverente distancia, 125
una rodilla en el suelo,
vestido de negra toga,
blanca barba, albo cabello,
Y con la vara de alcalde
rendida al poder supremo, 130
Martín Fernández Cerón
era emblema del respeto.
Y estas palabras de entrambos
recogió el dorado techo,
y la tradición guardólas 135
para que hoy suenen de nuevo:
R.- ¿Conque en medio de Sevilla
amaneció un hombre muerto,
y no venís a decirme
que está ya el matador preso? 140
A.- Señor, desde antes del alba,
en que el cadáver sangriento
recogí, varias pesquisas

inútilmente se han hecho.
R.- Más pronta Justicia, alcalde, 145
ha de haber donde yo reino,
y a sus vigilantes ojos
nada ha de estar encubierto.
A.- Tal vez, señor, los judíos,
tal vez, los moros sospecho... 150
R.- ¿Y os vais tras de las sospechas
cuando hay un testigo, y bueno?
¿No me habéis, alcalde, dicho,
que un candil se halló en el suelo
cerca del cadáver?... Basta, 155
que el candil os diga el reo.
A.- Un candil no tiene lengua.
R.- Pero tiénela su dueño,
y a moverla se le obliga
con las cuerdas del tormento. 160
Y, ¡vive Dios!, que esta noche
ha de estar en aquel puesto,
o vuestra cabeza, alcalde,
o la cabeza del reo.

* * *

El rey, temblando de ira, 165
del sillón se alzó de presto,
y el juez alzóse de tierra
temblando también de miedo,
y haciendo una reverencia,
y otra después, y otra luego, 170
salióse a ahorcar a Sevilla,
para salvarse, resuelto.
Síguele el rey con los ojos,
que estuvieran en su puesto
de un basilisco en la frente, 175
según eran de siniestros,

y de satánica risa
dando la expresión al gesto,
salió detrás del alcalde
a pasos largos y lentos. 180
Por el corredor estuvo
en las alcándaras viendo
azores y jerifaltes,
y dándoles agua y cebo.
Y con uno sobre el puño 185
salió a dirigir él mesmo
las obras de aquel palacio
en que muestra gran empeño.
Y vio poner las portadas
de cincelados maderos, 190
y él mismo dictó las letras
que aún hoy notamos en ellos.
Después habló largo rato,
a solas y con secreto,
a un su privado, Juan Diente, 195
destrísimo ballestero,
señalándole un retrato,
busto de piedra mal hecho,
que con corta semejanza
labró un peregrino griego. 200

* * *

Fue a Triana, vio las naves
y marítimos aprestos;
de Santa Ana entró en la iglesia
y oró brevísimo tiempo;
comió en la Torre del Oro, 205
a las tablas jugó luego
con Martín Gil de Alburquerque;
a caballo dio un paseo.
Y cuando el sol descendía,
dejando esmaltado el cielo 210
de rosa, morado y oro,
con nubes de grana y fuego,
tornó al alcázar, vistióse
sayo pardo, manto negro,
tomó un birrete sin plumas 215
y un estoque de Toledo,

y bajando a los jardines
por un postigo secreto,
do Juan Diente le esperaba
entre murtas encubierto, 220
salió solo, y esto dijo
con recato al ballestero:
«Antes de la media noche
todo esté cual dicho tengo.»
Cerró el postigo por fuera, 225
y en el laberinto ciego
de las calles de Sevilla
desapareció, entre el pueblo.

Romance Tercero

La cabeza

Al tiempo que en el ocaso
su eterna llama sepulta 230
el sol, y tierras y cielos
con negras sombras se enlutan,
de la cárcel de Sevilla,
en una bóveda oscura,
que una lámpara de cobre 235
más bien asombra que alumbra,
pasaba una extraña escena,
de aquellas que nos angustian,
si en horrenda pesadilla
el sueño nos las dibuja. 240
Pues no asemejaba cosa
de este mundo, aunque se usan
en él cosas harto horrendas,
de que he presenciado muchas,
sino cosa del infierno, 245
funesta y maligna junta
de espectros y de vampiros,
festín horrible de furias.
En un sillón, sobre gradas,
se ve en negras vestiduras 250
al buen alcalde Cerón,
ceño grave, faz adusta.
A su lado en un bufete,

que más parece una tumba,
prepara un viejo notario 255
sus pergaminos y plumas.
Y de aquella estancia en medio,
de tablas con sangre sucias
se ve un lecho, y sus cortinas
son cuerdas, garfios, garruchas. 260
En torno de él, dos verdugos
de imbécil facha y robusta,
de un saco de cuero aprestan
hierros de infaustas figuras.
Sepulcral silencio reina, 265
pues solamente se escucha
el chispeo de la llama
en la lámpara que ahúma
la bóveda, y de los hierros
que los verdugos rebuscan, 270
el metálico sonido
con que se apartan y juntan.

* * *

Pronto del severo alcalde
la voz sepulcral retumba,
diciendo: «Venga el testigo 275
que ha de sufrir la tortura.»
Se abrió al instante una puerta,
por la que sale confusa
algazara, ayes profundos
y gemidos que espeluznan. 280
Y luego, entre los sayones,
esbirros y vil gentuza,
de ademanes descompuestos
y de feroz catadura,
una vieja miserable, 285
de ropa y carne desnuda,
como un cuerpo que las hienas
sacan de la sepultura,
pues, sólo se ve que vive
porque flacamente lucha 290
con desmayados esfuerzos,
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;
la confortan y la ayudan
dos religiosos franciscos, 295
caladas sendas capuchas;
y la algazara y estruendo,
con que satánica turba,
lleva un precito a las llamas
por la bóveda retumba. 300

* * *

Un negro bulto en silencio,
también entra en la confusa
escena, y sin ser notado,
tras de un pilarón se oculta.
«Ven -grita un tosco verdugo 305
con una risada aguda-,
ven a casarte conmigo;
hecha está la cama, bruja.»
Otro, asiéndole los brazos
con una mano más dura 310
que unas tenazas, le dice:
«No volarás hoy a oscuras.»
Y otro, atándole las piernas:
«¿Y el bote con que te untas...?
Sobre la escoba a caballo 315
no has de hacer más de las tuyas.»
Estos chistes semejaban
los aullidos con que aguzan
la hambre los lobos al grito
de los cuervos que barruntan 320
los ya corrompidos restos
de una víctima insepulta;
la mofa con que los cafres
a su prisionero insultan.

* * *

Tienden en el triste lecho, 325
ya casi, casi difunta,
a la infelice, la enlazan
con ásperas ligaduras,
y de hierro un aparato
a su diestra mano ajustan, 330
que al impulso más pequeño
martirio espantoso anuncia.
Dice un sayón al alcalde:
«Ya está en jaula la lechuza,
y si aún a cantar se niega, 335
yo haré que cante o que cruja.»
Silencio el alcalde impone;
quédase todo en profunda
quietud, y sólo gemidos
casi apagados se escuchan. 340
«Mujer -prorrumpe Cerón-,
mujer, si vivir procuras,
declárame cuanto viste
y te dará Dios ayuda.»
«Nada vi, nada -responde 345
la infeliz-; por Santa Justa
juro que estaba durmiendo:
ni vi, ni oí cosa alguna.»
Replicó el juez: «Desdichada,
piensa, piensa lo que juras», 350
y tomando de las manos
del notario que le ayuda
un candil: «Mira -prosigue-
esta prenda que te acusa.
Di quién la tiró a la calle 355
pues confesaste ser tuya.»
La mísera se estremece
trémula toda y convulsa,
y respondió, desmayada:
«El demonio fue sin duda.» 360
Y tras de una breve pausa:
«Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
ni vi ni oí cosa alguna.»
El juez entonces, de mármol, 365
con la vara al lecho apunta,
ase una cuerda un verdugo,
rechina allá una garrucha;

la mano de la infelice
se disloca y descoyunta, 370
y al chasquido de los huesos
un alarido se junta.
«Piedad, que voy a decirlo»,
grita con voz moribunda
la víctima, y al momento 375
suspéndese la tortura.
- «Declara», el juez dice, y ella
cobrando un vigor que asusta,
prorrumpe: «El rey fue...» y su lengua
en la garganta se anuda. 380
Juez, escribano, verdugos,
todos con la faz difunta,
oyen tal nombre temblando,
y queda la estancia muda.

* * *

En esto, el desconocido 385
que tras del pilar se oculta,
hacia el potro del tormento
el firme paso apresura;
haciendo sus choquezuelas,
canillas y coyunturas, 390
el ruïdo que los dados
cuando se chocan y juntan.
Rumor que al punto conoce
la infeliz, y se espeluza,
y repite: «El rey; sus huesos 395
así sonaron, no hay duda.»
Al punto se desemboza
y la faz descubre adusta,
y los ojos como brasas,
aquel personaje, a cuya 400
presencia hincan la rodilla
cuantos la bóveda ocupan,
pues al rey don Pedro todos
conocen y se atribulan.
Éste saca de su seno 405
una bolsa, do relumbran
cien monedas de oro, y dice:
«Toma y socórrete, bruja.

»Has dicho verdad, y sabe
que el que a la Justicia oculta 410
la verdad es reo de muerte,
y cómplice de la culpa.
»Pero pues tú la dijiste,
ve en paz; el Cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre, 415
mas Dios sólo a mí me juzga.
»Pero, porque satisfecha
quede la Justicia augusta,
ya la cabeza del reo
allí escarmientos pronuncia.» 420
Y era así; ya colocada
estaba la imagen suya
en la esquina do la muerte
dio a un hombre su espada aguda.
«Del Candilejo» la calle 425
desde entonces se intitula,
y el busto del rey Don Pedro
aún allí está, y nos asusta.

Freeditorial